Las fuentes de la Prehistoria

Martín Almagro Basch

Antigua: Historia y Arqueología de las civilizaciones [Web]

Página mantenida por el Taller Digital

[Publicado previamente en: *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* 67.2, 1959, 799-824. Versión digital por cortesía de los herederos del autor, como parte de su *Obra Completa*].
© Herederos de Martín Almagro Basch
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Las fuentes de la Prehistoria

Martín Almagro Basch

INTRODUCCIÓN

Para comprender el valor y posibilidades de las ciencias prehistóricas es imprescindible conocer el origen, carácter y valor de los datos sobre los cuales trabaja el prehistoriador, pues ciertamente tales datos son muy diversos de aquellos que suele usar el historiador y muy otra su manipulación. Esta diferencia en el carácter de las fuentes es lo que principalmente ha hecho que muchos separen conceptualmente a la Prehistoria de la Historia, posición que ya anteriormente hemos negado por ilógica.

Cuatro clases de fuentes podemos básicamente establecer como origen de los datos que sirven a la reconstrucción del pasado que abarca la Prehistoria: 1.° Las científico naturales; 2.° Las lingüísticas; 3.º Las arqueológicas; 4.° Las históricas, debiendo incluir se entre éstas ciertos textos escritos, más o menos explícitos que nos ofrecen determinadas culturas prehistóricas o aquellos otros de culturas históricas en los que se describen, o al menos se trata, de las culturas prehistóricas.

Al lado de todas estas fuentes de la Prehistoria hemos de hacer referencia especial a la Etnología como ciencia paralela y de singular importancia para la reconstrucción del más remoto pasado del hombre. La Etnología, al estudiar a los pueblos primitivos actuales, así como a los elementos culturales primitivos que han permanecido entre los pueblos históricos e incluso entre nosotros mismos, se convierte en un auxiliar valeroso para comprender e interpretar los restos materiales de las culturas prehistóricas.

Ciertamente la Etnología no es una fuente de la Prehistoria pero como diremos al tratar del Método Etnológico sus conocimientos son guía y luz del prehistoriador.

A cada uno de estos grupos básicos de fuentes de la Prehistoria los vamos a analizar, aunque sea breve, por separado.

I. LAS CIENCIAS NATURALES COMO FUENTE DE LA PREHISTORIA

Las ciencias naturales proporcionan la primera cantera, de la cual toma sus informaciones el prehistoriador.

No debernos olvidar que la parte más antigua de la Historia del hombre se descubrió gracias a las observaciones metódicas de los arqueólogos, relacionados con los naturalistas, sobre todo geólogos y paleontólogos. Fueron éstos los que respaldaron los descubrimientos de Boucher de Perthes. Y las observaciones estratigrafías expuestas a la manera de cómo obtenía sus resultados la Geología, llevaron a Thomsen y a otros arqueólogos daneses a sus afirmaciones precursoras de todo lo que sería la Prehistoria.

El prehistoriador recibe los datos que las ciencias naturales. le proporcionan ya elaborados. Sólo debe hacer la labor mental de incluirlos en el cuadro histórico referente al hombre primitivo que él poco a poco construye. Cuando la Paleontología nos dice qué fauna acompañaba al *Sinanthropus Pekinensis*, o nos describe la Antropología este ser, o la Biología nos compara el desarrollo de los diversos tipos humanos, tanto fósiles como actuales, se convierten en fuentes de la Prehistoria. Todo cuanto nos aportan estas ciencias naturales

© Herederos de Martín Almagro Basch
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

es del más alto interés como fuente histórica, para discurrir con provecho sobre el origen del hombre y concebir la cultura por él desarrollada en tan primitivos períodos. Igualmente son una fuente para la Prehistoria los datos que sobre las irradiaciones solares descubrió Milankowitz para establecer su famosa curva sobre tales irradiaciones, ya que nos explica, por una parte, los fenómenos glaciares o interglaciares del Cuaternario, que hubo de sufrir el hombre y, por otra, esta curva de irradiación solar nos da un fecha absoluta aproximada para las más antiguas culturas que conocemos.

Al tratar más adelante de la Metodología, veremos cómo los resultados arqueológicos que el prehistoriador obtiene se iluminan por muchos y diversos saberes científico-naturales que irradian sus conocimientos sobre los lejanos restos del pasado del hombre.

Estos saberes llegan a la Prehistoria desde ciencias naturales diversas y aún desde simples técnicas, proporcionándonos cronología, seguridad en la autenticidad, posibilidad de reconstruir el ambiente natural que rodeó a aquellos hombres y a los restos materiales de su cultura. Incluso nos ayudan a su más fácil, amplio y seguro descubrimiento. Así, la fotografía aérea es un auxiliar y guía en la búsqueda de los hallazgos. Utilísimo es también para situar los materiales arqueológicos y las ruinas enterradas el uso de la prospección eléctrica con el detector electromagnético. El medio físico lo reconstruiremos gracias a los estudios de los sedimentos por procedimientos morfoescópicos, por la granulometría por el estudio químico de los sedimentos, etc. La Zoología y la Paleontología proporcionan la reconstrucción de la fauna. Los análisis polínicos permiten la reconstrucción de la flora. Finalmente, los más agudos .métodos químico-físicos ayudan a precisar la cronología, como el método radioactivo del carbono 14 y otros que ya diremos. Así, pues, tales ciencias naturales y técnicas constituyen auxiliares valiosos para el prehistoriador y cantera rica en datos de gran interés para reconstruir con base científica el pasado de la humanidad y son fuentes primordiales de nuestra ciencia prehistórica [1].

Merece una mención especial como fuente de la Prehistoria la Paleontología Humana, y sobre todo una de sus ramas o partes; la Antropología Prehistórica. Es aquella parte de la Antropología que trata de informarnos sobre los pueblos prehistóricos, cuyos restos óseos los hallará el prehistoriador mezclados o no con restos arqueológicos. Tales restos arqueológicos los ha de estudiar el prehistoriador a la vez que el antropólogo [1 bis].

Al margen del interés que los restos físicos del hombre ofrecen al historiador en cualquier época es conveniente hacer constar que la Antropología Prehistórica ofrece estrechas afinidades con la Prehistoria, ya que el hombre es el sujeto creador de la Historia y ha de ser objeto preferente de análisis y observación de todo historiador. Además la Antropología Prehistórica usa los mismos métodos de prospección, de excavación y de datación que la Prehistoria, y así resulta que una ciencia se auxilia de la otra y a la vez son respectivamente fuente básica la una de la otra.

Sin embargo, la Antropología Prehistórica, en sus relaciones con la Prehistoria, nos plantea un problema esencial: el de valorar la ecuación *raza igual a cultura*. La Arqueología Prehistórica y la Etnología nos van resolviendo cada vez más claramente en un sentido negativo tal identificación, empleada con demasiada generalidad y ligereza. Razas muy diversas pueden poseer la misma cultura, sobre todo si sus formas son básicamente sencillas. Si nosotros entendemos por raza, con Henri V. Vallois, «A un grupo de hombres que presentan un conjunto de caracteres físicos hereditarios comunes, forma de la estructura del cuerpo,

---

[1] De las obras básicas y orientaciones modernas de la investigación prehistórica, ayudada por estas ciencias naturales, y del uso de las técnicas diversas, se tratará más adelante, al hablar de la metodología prehistórica. Allí recogeremos la bibliografía básica de cada una de estas ciencias en su función de fuente de la Prehistoria.

[1 bis] Evans-Pritchard: *Social Anthropology: Past and Present*. Man. Londres,. 1950.

© Herederos de Martín Almagro Basch
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

funcionamiento de diversos órganos, etc.» [2] Es preciso reaccionar científicamente contra las conexiones y hasta identificaciones que se suelen establecer entre los restos de las razas que existieron en la Prehistoria y las culturas que hallamos los arqueólogos. Sobre todo es peligroso y dificilísimo ver en tales conexiones relaciones básicas con alguna de las razas actuales, las cuales pasarían a enriquecer su pasado con tales vestigios culturales y antropológicos. Aunque no negamos las posibilidades ciertas que se logren alcanzar, sí hemos de advertir contra las graves y frecuentes generalizaciones poco fundamentadas que se intentan establecer en este campo tan lleno de atractivos como peligroso.

También nos inclinamos a la negación básica de considerar válida la ecuación *de raza igual a cultura*, por la cual la determinación de las razas prehistóricas es siempre más bien rudimentaria y problemática que exacta. Así es más científico admitir, como hoy mismo ocurre, que las áreas culturales y las raciales o antropológicas no siempre han de coincidir en los tiempos prehistóricos y que todo cambio de cultura no se debe forzosamente siempre a un cambio de raza o pueblo. La emigración de un pueblo puede hacerse sometiéndose a la cultura de los pueblos de los lugares donde pasa a establecerse. Así, pues, la expansión de una cultura no ha de representar siempre la emigración masiva de un pueblo que pasa a imponerse en otros territorios.

Pero si esto es cierto, también es evidente que existe una íntima conexión entre los fenómenos raciales y culturales. Por ello, as lícito ante la escasez de materiales hosteológicos para precisar el desarrollo y movimientos de las razas prehistóricas el que el antropólogo y el arqueólogo acostumbren a establecer un apoyo continuo entre los datos y conceptos histórico-culturales de ambas ciencias, apoyo que siempre será válido como hipótesis de trabajo que puede comprobarse o rectificarse con la aportación de nuevos datos. Para no insistir más en los problemas que plantea la Antropología Prehistórica, diremos que esta ciencia, a la vez que es la más sugestiva de las fuentes que las ciencias naturales, aportan al prehistoriador, es también la más peligrosa y llena de dificultades interpretativas y valorativas en el orden histórico-cultural [3].

II. LA FILOLOGÍA COMO FUENTE DE LA PREHISTORIA

El segundo grupo de datos que puede utilizar el prehistoriador como fuente de su saber procede de la *Filología*.

Por el valor espiritual que tiene el lenguaje como índice cultura, tanto económico como moral, todo cuanto se refiere al estudio de las lenguas interesa y ayuda al prehistoriador. La filología ha investigado no sólo las lenguas vivas, sino su origen —Glotogonía—, sus paralelos, su desarrollo y sus relaciones —lingüística en el sentido estricto de la palabra—. Así se ha podido crear una verdadera arqueología lingüística que analiza los idiomas en relación con los estadios culturales prehistóricos a base de los sustratos conservados, sobre todo, por la toponimia. La filiación de tales restos de las lenguas del pasado, su dispersión geográfica-Toponimia, el predominio de unas palabras u otras proporcionan, cuando se elaboran con métodos científicos, resultados muy instructivos. Todos estos conocimientos de la ciencia del lenguaje con sus métodos rinden muy útiles servicios al prehistoriador, que no debe dejar de observar los avances de la Filología, la cual, con mucha frecuencia, nos arroja luz de muy singular valor, convirtiéndose en fuente valiosa para el prehistoriador que, metodológicamente, deberá siempre atender y basarse en cuanto el saber de los filólogos aporte.

---

[2] Henri V. Vallois: *Anthropologie de la population Française*. París, 1943, página 119. Idem: *Les races humaines*. París, 1948.

[3] El hecho antropológico e histórico que la raza representa nos parece evidente, aunque se hayan cometido errores diversos en la valoración de la raza. Por reacción, muchos han pasado a negar hasta la existencia real y científica de las razas humanas. Muy acertados son los juicios expuestos por Osvaldo F. A, Menghin, *Origen y desarrollo de la especie humana*. Buenos Aires, 1958, paga. 35 y siguientes.

© Herederos de Martín Almagro Basch
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Una palabra conservada de un antiguo pueblo puede decirnos mucho, no sólo lingüísticamente en relación con otras lenguas, vivas o extinguidas, sino también en el orden histórico-cultural. Nos puede hablar del concepto de la divinidad en aquel pueblo; del estado económico social alcanzado por la sociedad que la habló; de su carácter mental; hasta, incluso, de su organización fisiológica por las necesidades que su pronunciación encierra. Toda una rica cantera de datos que llegan al prehistoriador son aportados por la Filología, la cual posee sus métodos propios y un ancho campo de investigaciones en el cual esta ciencia cosecha sin cesar avances y datos nuevos del más grande interés para la Prehistoria.

No hemos de analizar aquí, extensamente, esta proyección que la Filología tiene en relación con la remota reconstrucción del pasado del hombre, pero sí hemos de exponer, a la vez que insistimos en su especial importancia, en los peligros y dificultades que ofrece siempre como fuente histórica, sobre todo para el historiador.

Lo primero que es preciso hacer constar es cuán poco nos queda de las lenguas que se hablaron en el remoto pasado. Se reduce solamente: 1.°, a algunas referencias pasadas a los historiadores y geógrafos de épocas históricas; 2.°, a los topónimos, o sea, nombres de lugares, que no han cambiado a pesar de las vicisitudes históricas del área geográfica donde se conservan. Estos se nos ofrecen como fósiles de tiempos y lenguas prehistóricas; 3.°, finalmente, la onomástica en general y principalmente los nombres de divinidades que han podido perdurar a lo largo de posteriores etapas lingüísticas y culturales.

Por cuanto hemos indicado ya al hablar de la Antropología Prehistórica como fuente de la Prehistoria, se comprenderá también ahora cuan erróneo y peligroso resulta enlazar cualquier vestigio fósil de una lengua con unos determinados vestigios culturales, sean éstos materiales o espirituales. Por otra parte, tales vestigios filológicos nos llegan siempre atrofiados por diversas peculiaridades de la lengua que los ha conservado: consonantismos, vocalismos, uso de sufijos, etc. De esta serie de dificultades trata la ciencia filológica que ciertamente ha llegado a una gran perfección en sus métodos y deducciones, pero que no está exenta de lagunas, problemas y dificultades invencibles que el prehistoriador deberá valorar en la reconstrucción histórica del más remoto pasado.

Siempre se habrá de tener en cuenta las dificultades de enlazar cualquier resto de una lengua con otros restos de culturas prehistóricas y jamás debe olvidarse los peligros que se corren cuando queremos establecer una estratigrafía o secuencia lingüística en un área geográfica cualquiera. De todos estos peligros el ¿más comente ha sido el de identificar lengua, raza y cultura al reconstruir y valorar los restos arqueológicos del pasado.

Sólo la Arqueología nos proporciona los datos más seguros y valiosos para interpretar las vicisitudes del hombre en los tiempos prehistóricos a base del análisis minucioso de los restos materiales de la cultura humana.

Como trataremos de esta fuente primordial a continuación, entonces veremos hasta qué punto los materiales arqueológicos documentan y nos dan una estampa viable de las culturas pasadas, de la cuales no tenemos referencias escritas. Pero sí diremos ahora que en la reconstrucción del pasado de ninguna manera es científico equiparar el valor de los restos materiales de la cultura a unos simples vestigios lingüísticos. Dar a ambos una identidad de valoración en el tiempo y en el espacio es exponerse a cometer errores fundamentales. Ya hemos dicho cómo es peligroso y muchas veces falso identificar *raza igual a cultura*, pues es frecuente y evidente que una cultura la pueden y suelen desarrollar, a veces, razas diferentes. Lo mismo una lengua puede ser el vehículo de varias culturas y haber sido hablada por razas diversas.

Manejar los datos proporcionados por esta valiosa fuente que para la Prehistoria es la lingüística, constituye una de las más peligrosas tareas del prehistoriador. Pero no por ello deja de ser la Filología menos útil y sugestiva fuente de la Prehistoria. El problema del

© Herederos de Martín Almagro Basch
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

vasco-iberismo entre nosotros es una muestra de las atracciones, peligros y posibilidades que la Filología ofrece como fuente de la Prehistoria.

El análisis y establecimiento de los substratos lingüísticos propios de un área geográfica es, y será siempre, una ambición científica que, aunque sea empujada y realizada en lo posible por los filólogos, habrá de utilizar, con gran servicio de su ciencia, el prehistoriador. Este deberá estar siempre atento a los resultados y avances de esta ciencia, pues como en ninguna otra, hallará bases y luz interpretativa del pasado que aspira a reconstruir [4].

No será necesario insistir que de todas las ciencias naturales es la Antropología la que se nos muestra como fuente primera y más sugestiva, tanto al prehistoriador como al historiador, dado el gran interés que ofrece siempre el estudio del hombre, agente y objeto de la Historia. Este interés y valoración no decrece al tener que estudiar los pobres restos del hombre prehistórico para iluminar los vestigios culturales de su pasado, con el afán de reconstruir todo ese largo capítulo de la Historia Humana. Aunque raza y cultura no pueden identificarse, no cabe duda alguna que el conocimiento del tipo físico humano es de un interés y valor capital. De aquí que la Prehistoria esté siempre atenta a los resultados de la Antropología, Además esta ciencia en la actualidad ha perfeccionado su metodología y ha depurado el valor de sus resultados y ha visto cuán poco firme es todo lo que se diga del hombre, teniendo sólo como base los restos fósiles de sus huesos, único elemento que puede utilizar el Prehistoriador.

A base de medidas craneanas, a veces de uno o pocos más individuos, hoy sabemos que se puede decir muy poco del tipo y características raciales. Y aún más que los huesos, se valoran sobre todo los grupos sanguíneos, la talla exacta, el color de la piel, de los ojos y cabellos, el tipo de desarrollo de éstos, etc. De todo lo cual nada puede decir el antropólogo al prehistoriador. Además, el uso de los valores estadísticos, la influencia del medio y de las actividades influyen en el desarrollo humano y han creado la antropología biodinámica. Añadamos, por otra parte, que esta ciencia está orientándose más y más hacia la observación diríamos histórica y sociológico-cultural del hombre, en vez de restringirse al estudio físico, como realizó su labor en el siglo pasado. Evans Pritchard ha escrito, observando agudamente los rumbos y ambiciones de esta ciencia: «Poco a poco la Antropología tendrá que decidir entre convertirse en Historia o no. En el estado actual de esta ciencia y su investigación, observo que en el futuro habrá una fuerte tendencia hacia las disciplinas humanísticas, especialmente hacia la Historia social o historia de las instituciones de la cultura y de las ideas. Esta aproximación a la historia de la moderna Antropología obliga aún más al prehistoriador a seguir de cerca la marcha y resultados de esta ciencia, además de tenerse que servir siempre de la clasificación física que del hombre haga la raciología antropológica, dato único de los restos humanos prehistóricos, sacando de ellos la luz que los mismos

[4] Para valorar las elementos que la Lingüística y la Filología en general pueden aportar al esclarecimiento del pasado pueden consultarse como muestra y orientación las siguientes obras, con bibliografía extensa sobre el tema: Hugh Hencken: *Indo-European Languages and Archaeology*. American Anthropological Association, vol. 57, diciembre 1955. Han Krahe: *Lingüística indoeuropea*. Manuales «Emérita». Madrid, 1953. A. Tovar: *Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas*. Instituto de Filología de la Universidad. Buenos Aires, 1919, También con relación a España véase lo que da de sí este problema en relación con la invasión céltica en Martín Almagro *La invasión céltica en España*, cap. IV: «Las fuentes antiguas y los restos filológicos», en *Historia de España*, de Espasa-Calpe, I, 2, páginas 24 y sigs,, con bibliografía. También Martín Almagro: *Ligures en España*, en *Rev. Int. de Studi Liguri Bordighera*, 1952. Sobre el problema de la lengua vasca se ha producido abundante bibliografía, que ilustra la relación y aportes que la Filología da a la Prehistoria. Véase, por ejemplo, Castro Guisasola: *El enigma del vascuence ante las lenguas europeas*, en *Revista de Filología Española*, anejo XXX. Madrid, 1944, o el trabajo de P. Fouché *A propos de l'origine de Basque*, en *Emerita*, supl. al tomo V. Madrid, 1943. Citamos estos trabajos a pesar de haber sido muy discutidos, pues dan idea del tema que nos ocupa y de sus dificultades y problemas.

© Herederos de Martín Almagro Basch
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

proporcionan según la valoración que en el estado actual de esta ciencia pueda conseguirse. Estos datos y valoraciones pueden ser ciertamente hoy más exactos que en los tiempos pasados, pero, a la vez, obligan a que el prehistoriador sea menos crédulo en el valor histórico de los restos humanos, pues, como hemos dicho, ni la descripción física de un pueblo ni de un individuo puede ser completa sólo a base de sus huesos, ni es suficiente un individuo para obtener conclusiones generales. Añadamos que, al lado de la Antropología y sirviendo a ésta, también puede rendir servicios útiles a las reconstrucciones históricas del prehistoriador la Biología.

III. LAS FUENTES ARQUEOLÓGICAS

Queda la tercera y esencial fuente de investigación con la que el prehistoriador reconstruye la Historia más lejana. Esta fuente la forman los materiales arqueológicos de todo género que la actividad del hombre prehistórico nos ha legado como parte de su patrimonio cultural, tanto material como espiritual. Estos restos materiales de la cultura, debidamente analizados, nos permiten llegar a establecer hasta un cierto punto un conocimiento reducido pero científico y verdadero de la Historia más primitiva del género humano.

Son estas fuentes arqueológicas las únicas que el prehistoriador considera propias de su búsqueda, de su análisis, e incluso entra dentro de su quehacer la labor de conservación y exposición científica de tales materiales históricos.

Para iluminar estos restos materiales de las culturas y pueblos que los elaboraron, llega el prehistoriador a conectarse con textos escritos históricos, leyendas o mitos que a veces ya alumbran alguna luz, no siempre clara, pero sí útil, para interpretar los últimos períodos prehistóricos. Ellos constituyen el cuarto grupo de fuentes que analizaremos más adelante.

Pero, tanto en los tiempos antiguos, como en éstos ya más cercanos a la Historia escrita, son los mudos y desnudos restos materiales de la cultura humana los que principalmente sirven al prehistoriador para reconstruir ese lejano y oscuro mundo en el cual el hombre actuó y en el cual se formaron los pueblos históricos que nunca podrán renunciar a iluminar, como puedan, aquellos primeros pasos de la historia humana.

A estos restos materiales de la cultura, bien restos de útiles o de manifestaciones varias de la vida material o espiritual, y que constituyen la base esencial para reconstruir nuestro pasado prehistórico, les vamos a dedicar, por su carácter, una especial atención, tratando: 1.°, del descubrimiento de estos materiales; 2.° de su interpretación; 3.°, de su conservación; 4.°, de su publicación científica.

a) El descubrimiento de los restos del pasado.

Los materiales arqueológicos de todo género, incluidos los que se refieren a la vida espiritual, que nos han quedado de las culturas pasadas, vienen siempre manifestándose al hombre unas veces de manera esporádica y casual; otras, han llamado de manera evidente nuestra atención, por su volumen y grandeza. Sin embargo, su estudio y análisis no se realiza sistemáticamente hasta el Renacimiento. La Arqueología, como ciencia, sólo se inicia con el afán histórico renacentista, vinculado sobre todo con el amor a la Antigüedad grecoromana. De aquel gran movimiento intelectual que comienza en Italia y de allí se propaga a todo el mundo europeo, nace realmente a lo largo del siglo XIX la Arqueología Prehistórica, espinazo sobre el cual sostiene su labor y amplía sin cesar su saber el prehistoriador. Ciertamente que éste no ha de ser sólo un mero arqueólogo, pero también es evidente que el prehistoriador verdadero no podrá nunca dejar de serlo, pues esencialmente su tarea de historiador tendrá en los materiales arqueológicos la base esencial e imprescindible de cuanto del pasado logre averiguar.

A partir del Renacimiento se comienza a reunir antigüedades de todo género y, poco a poco, nacen las técnicas apropiadas para el mejor estudio de cada una de estas series de

© Herederos de Martín Almagro Basch
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

objetos que no siempre se podían clasificar con acierto. Ya antes de que Boucher de Perthes autentificara los primeros objetos nacidos de la mano industriosa del hombre, había ya nacido la Arqueología Prehistórica de Europa. Sin embargo, sólo en la segunda mitad del siglo XIX se inicia la labor de investigación metódica. La rebusca de tales materiales, sobre todo a base de excavaciones metódicas, fue ampliando la riqueza de nuestros conocimientos arqueológicos, hasta hacer de ellos la fuente básica, esencial y cada vez más valiosa para reconstruir nuestro pasado prehistórico.

Hoy hay organizados para tales fines en todos los pueblos cultos eficaces servicios que recogen y conservan los hallazgos casuales que puedan producirse, y también todas las naciones cultas realizan excavaciones científicas.

Hemos de hacer constar que tales trabajos requieren, además de especiales conocimientos, estar en posesión de complejas técnicas y de una experiencia apropiada. Por todo ello, sólo un sentido de responsabilidad diferenciará al hombre de ciencia que investiga y aprende en un objeto o en una excavación arqueológica, del simple aficionado o del coleccionista pasional que sólo busca el objeto por el objeto.

Para el prehistoriador este material arqueológico, que unas veces se le ofrece casualmente encontrado o seleccionado por los aficionados a las antigüedades, y otras veces es proporcionado por las excavaciones, constituye la fuente básica de investigación en la que él debe buscar más y más datos históricos para la ciencia que cultiva.

Sobre los hallazgos casuales se puede obtener la huella de yacimientos importantes, pero son las excavaciones de éstos la cantera especial que proporciona el mayor y más útil número de datos. Sobre la actitud a seguir en la investigación de los yacimientos arqueológicos debemos de tener en cuenta, ante todo, que éstos, no se deben explotar jamás con avaricia individual. Por ello jamás deben agotarse los yacimientos arqueológicos si ello es posible. Siempre debemos pensar que otros investigadores podrán continuar y perfeccionar la labor de explotar con mayor provecho el yacimiento.

Consideramos imprescindible aconsejar a los que se enfrentan con el hallazgo de un yacimiento arqueológico, cómo se debe procurar: 1.°, fijar su situación y extensión; 2.°, hacer un plan de trabajo tras las catas convenientes de exploración; 3.°, atenerse a excavar poco a poco, sólo una zona, dejando siempre un testigo suficiente para posteriores investigaciones; 4.°, ordenar, reconstruir, clasificar y procurar la conservación de los materiales; 5.°, estudiarlos y publicarlos científicamente. Sólo quien ante un yacimiento se plantee estas cinco tareas y vea la solución adecuada de las mismas de manera completa, tendrá el sentido de responsabilidad suficiente para emprender una excavación, fuente esencial para reconstruir la Historia más lejana del hombre.

En resumen, el suelo de la tierra sobre el cual ha actuado siempre el hombre bajo unas constantes influencias, de las cuales el mismo ambiente geográfico es la principal, se nos ofrece como un verdadero pero avaro archivo que oculta y conserva a la vez los. restos de los hombres que nos precedieron.

Todos estos restos se manifiestan unas veces ocasionalmente; otras, se denuncian por la presencia de cerámicas que aparecen: en el suelo de una cueva o de un campo o por otras circunstancias especiales; en ciertas condiciones es el influjo ejercido por ruinas u otros restos sobre la vegetación, los que nos descubren los restos de muros u otros vestigios enterrados. A veces éstos se anuncian por la presencia de amontonamientos extraños de tierras o piedras o por hundimiento del suelo, etc. El arqueólogo experimentado se habitúa fácilmente a ver y valorar inicialmente tales vestigios. Para buscarlos intencionadamente se utilizan técnicas modernas del más grande resultado, como la fotografía aérea, las prospecciones submarinas, los métodos geofísicos, la pedología, el análisis químico de los suelos, los detectores electro-magnéticos, etcétera. De todos ellos trataremos al hablar de la metodología prehistórica y de las ciencias auxiliares de la Prehistoria.

© Herederos de Martín Almagro Basch
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Ya situado un yacimiento, las excavaciones requieren seguir un método riguroso, comenzado por el examen morfológico del lugar. Ha de tenerse una atención extrema de la estratigrafía en el yacimiento. Sólo así podrá realizarse con provecho la descripción y análisis de los objetos hallados; sólo tras esta tarea bien realizada se podrán éstos interpretar y valorar debidamente y después de bien conservados podrán publicarse científicamente. Esta última labor es tarea a la cual todo arqueólogo debe estar dispuesto con un agudo sentido de la responsabilidad.

Se ha dicho, con razón, que el excavador es un afortunado lector de un libro, representado por los estratos o niveles del yacimiento, cuyas hojas se destruyen a la vez que se leen. Si el excavar es leer, no se debe ser apasionado y avaro lector, sino agudo transcriptor de lo que aquel libro que es el yacimiento nos h» conservado.

El arqueólogo, y más el que excava yacimientos prehistóricos, ha de ser atento observador de la lección histórica encerrada y conservada por casualidad hasta nosotros, en los extractos del yacimiento, de la cual será forzosamente su destructor definitivo al realizar la excavación. Las hojas del libro que los estratos del yacimiento representan deberán perpetuarse en la monografía bien publicada que debe seguir a los trabajos de campo. Sólo así se aprovechará y no se destruirá la fuente histórica esencial de que dispone el historiador del más remoto pasado del hombre, Quien no esté dispuesto a realizar con provecho todas las fases de su trabajo, ya apuntadas, con el máximo rigor y sentimiento del deber, no debe atreverse a excavar. Lo mismo deberán abstenerse los que carezcan de los medios y de los conocimientos necesarios.

Los yacimientos prehistóricos son de muy variadas clases y su excavación aconseja, y a veces exige, el uso de muy diversas técnicas. El prehistoriador debe partir del principio de que es mejor no excavar que excavar mal; peor es excavar mucho sin aprovechar bien los datos que se escaparán al mal excavador, que ser prudente y excavar poco a poco. Restos de fortificaciones, poblados, cuevas, restos de caminos y puentes, vestigios de cabañas aisladas o de pozos de provisiones, de santuarios, de talleres de sílex al aire Ubre, son yacimientos entre otros muchos, objeto de excavación. En cada caso, la observación y la experiencia aconsejará el camino a seguir y la posibilidad de reunir datos y documentos arqueológicos, que sólo con el empleo de una técnica apropiada serán captados por el arqueólogo preparado y habrán llegado hasta nosotros. De lo contrario, se perderán para siempre por ignorancia y avaricia de excavar demasiado, o, tal vez, por simple falta de atención.

Sobre la técnica de excavar pueden leerse con provecho varios libros [5], pero lo mejor es iniciarse en la práctica de tal labor al lado de los maestros o, mejor aún, incorporándose como ayudantes a los equipos experimentados en excavaciones complejas. La técnica y hábito de excavar bien es algo que no se aprende sólo con lecturas teóricas. Requiere la práctica y la atención especial a los problemas y peculiaridades que cada yacimiento ofrece, imposibles de exponer teóricamente en un manual, por extenso y analítico que sea. De mu-

[5] Bastará citar los siguientes manuales, relativamente modernos, donde se hallará toda la bibliografía básica: Sir Mortimer Wheeler: *Archaeology from the Earth*. Oxford, 1954. R. J. C. Atkinson: *Field Archaeology*. Londres, 1953. Segunda edición, revisada. Bibliografía abundante y bien seleccionada, págs. 218-225. Kathleen M. Kenkon; *Beginning in Archaeology*. Londres, 1952. Christian Pecheck; *Lehrbuch der Urgeschichteforschung*. Göttingen, 1950. Con bibliografía, sobre todo alemana, en la pág. 168 y sig. Son de gran utilidad siempre los estudios reunidos por A. Laming: *La découverte du passé* y *Progrès récents et techniques nouvelles en Préhistoire et en Archéologie*. París, 1952. Con buena bibliografía general sobre este tema y otros particulares desde la pág. 305 a la 339. André Leroi-Gourhan: *Les Fouilles Préhistoriques (Technique et Méthodes)* París, 1950. O. G. S. Crawford: *Archaelogy in the Field*. Londres, 1953. Este libro está más orientado hacia la arqueología clásica, sobre todo romano-provincial. Puede verse también con provecho el *Manuel de la technique des fouilles Archéologiques*, publicado por el Office International des Mussées. París, 1939. Hoy queda algo anticuado, pero es útil aún al que se inicia sobre el tema.

© Herederos de Martín Almagro Basch
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

chos de estos temas volveremos a tratar al estudiar la metodología prehistórica y las técnicas auxiliares que la moderna investigación utiliza en las excavaciones y en las tareas complementarias que se requieren para mejor lograr la reconstrucción de la larga etapa prehistórica de la humanidad.

b) La interpretación de los materiales arqueológicos.

Interpretar y valorar todos los abundantes documentos arqueológicos que el azar y la investigación arqueológica acarrean cada vez en mayor número no es tarea fácil. El prehistoriador sólo sabrá cumplir su misión tras conocer bien y ceñirse disciplinadamente a un análisis metódico de los mismos. Cuando tratemos más adelante de la Metodología, se expondrá cuan meticulosa y científica es la tarea del prehistoriador serio. Pero, además, hemos de añadir que la Arqueología tiene sus límites como fuente histórica; límites de los cuales no es posible pasar.

En primer lugar, el documento arqueológico es sólo una información parcial de la cultura a la cual pertenece. Nos informa con verdad ciertamente pero, a pesar de su objetividad, calla infinidad de facetas a las cuales sólo llegaremos a través de deducciones diversas, muchas veces inciertas, cuya sugestión no debe engañarnos. Ya hemos dicho algo sobre estos peligros al tratar de la Antropología prehistórica y de la Filología como ciencias informadoras del pasado que reconstruye el prehistoriador. Este debe estar siempre dispuesto a tener presente en todo momento la parquedad informativa y la rareza de los documentos arqueológicos. El prehistoriador no debe inclinarse al ensayismo huero y falaz, verdadera lacra científica, que si es siempre peligroso, lo es más al tratar de estas épocas lejanas en las cuales muchas veces se ha 'de interpretar libremente tan débiles documentos. El diletantismo se diferencia del rigor científico, sobre todo en las ciencias; prehistóricas, por la renuncia y humildad de la cual parte el prehistoriador verdadero, al reconocer lo superficial y segmentaria que resulta siempre nuestra documentación sobre la vida de aquellas remotas edades de las que sólo podemos y debemos decir lo que nos permitan los materiales arqueológicos. Su orgullo debe ser trabajar seriamente con lo poco que posee y seguir afanosamente la tarea de arrancar más y más preciosos datos a los yacimientos arqueológicos y a las ciencias que pueden aportar con sus técnicas y saberes, luz eficaz sobre ese remoto pasado del hombre que poco a poco vamos logrando descubrir [6].

Siempre el prehistoriador podrá saber con certeza algo sobre el medio natural en que se sitúa un hallazgo; sobre la alimentación de los hombres que vivieron en su época; sobre sus casas y poblados; sobre el equipo material de los hombres de cualquier pasado remoto: su utillaje, armamento, vestidos, adornos, etcétera; sobre las técnicas industriales de los pueblos prehistóricos; sobre el comercio y las rutas comerciales; sobre los transportes y viajes; sobre el arte; sobre la religión; sobre los problemas demográficos y de organización social; sobre los movimientos de pueblos y la difusión de las ideas; sobre todo esto puede el prehistoriador informar con verdad, pero sólo parcialmente. Además, todo lo dicho no lo es todo en una cultura ni en una época o período en el cual aquellos elementos se desarrollen.

Queda otra infinidad de facetas de la actividad material y espiritual del hombre que nos legó tales restos mudos, de los cuajes desea saber algo el historiador. De tales facetas no sabemos nunca nada en los tiempos prehistóricos: la lengua, las costumbres, las actividades y hechos individuales más preclaros, etc, se nos ocultaron para siempre. Pero no por ello hemos de considerar nuestra información menos válida históricamente. Es evidente que también en épocas históricas tenemos a veces períodos de escasa información y hasta de

[6] Puede consultarse sobre las posibilidades y riesgos de la interpretación de los materiales arqueológicos el libro claro y ameno de Siegfried J. de Laet *L'Ar chéologie et ses problémes*. Berchem-Bruselas, 1954, págs. 86 a 142. Con una corta pero selecta bibliografía en la pág. 147, Edición inglesa. Londres, 1957.

© Herederos de Martín Almagro Basch
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

erróneas informaciones y no por ello el historiador debe considerar tales épocas como inexistentes.

Así, la tarea del prehistoriador es grande y ardua, pero lo mucho ya logrado en la reconstrucción de la visión científica del más remoto pasado de la humanidad, nos debe animar y hasta enorgullecer. Mucho es ya lo que hoy sabemos para poder exponer una imagen verdadera, socialmente válida, de ese largo pasado prehistórico del hombre, que cada día amplía y esclarece más esta ciencia joven y tenaz que es la Prehistoria.

Pero hemos de insistir en que lo más peligroso no es que sepamos poco, sino la evidencia cierta en que hemos de estar de que sólo estamos informados sobre una parte de la vida de los remotos hombres prehistóricos. Es evidente que siempre estamos expuestos a engañadoras deducciones. Un ejemplo aleccionador bien conocido nos lo ofrece la pobreza del .material arqueológico dejado en sus campamentos por los tasmanios, pueblo extinguido no ha muchos años, al cual podríamos juzgar por su industria lítica tosca como un pueblo atrasado en todos sus aspectos. Pero por noticias que nos legaron los primeros viajeros europeos que trataron a los hombres de aquella cultura, para cuyo estudio sólo se nos han conservado algunos restos materiales de la misma, sabemos que los tasmanios eran hábiles artistas que adornaban sus chozas con pieles y maderas pintadas con gran gusto y sensibilidad; eran, además, gentes de un alto sentido y valor moral. Todo lo cual está en patente contradicción con la rudeza y tosquedad del material arqueológico legado por aquel pueblo ya desaparecido.

Como este ejemplo podríamos aducir otros muchos. Así, pues, el prehistoriador debe estar orgulloso de su tarea por lo ya logrado; sentirse deportivamente audaz en su esfuerzo de investigador y de interprete de esos restos de la cultura material sobre los cuales ha de trabajar; pero no será un hombre de ciencia y de verdadero saber si no siente la responsabilidad del servicio permanente a la verdad histórica, la cual le hará siempre ser limitado en sus hipótesis interpretativas. Sobre todo ha de sentirse esclavo de la limitación evidente de los documentos que tiene en sus manos y rigurosamente metódico. Nada más necesario que atenerse a cuantas leyes y rigores exigen los métodos de nuestra ciencia si quiere realmente ser útil, si quiere sentirse pionero de «se quehacer histórico lleno de lagunas y de dificultades como es investigar la Prehistoria.

Al servicio de esta verdad básica no dejaremos jamás de oponernos y de salir al camino de algunos disparatados teorizantes que andan entre nosotros. Son más frecuentes de lo que haría suponer las dificultades y rigores de nuestra ciencia. Pero, por un lado, desprecian nuestro saber con frases y palabrejas despectivas y, por otro lado, quieren construir en el vacío teorías subjetivas sin ley ni método alguno. Como ambición espiritual todo es tolerable, incluso las más descabelladas elucubraciones si se sienten de buena fe por los que las proclaman. Pero toda ciencia debe servir al saber verdadero y sólo y nada más, a este noble ideal servirá el hombre de ciencia.

La grandeza que representa hoy el que pueda decirnos tantas y tan seguras cosas, un fragmento de cerámica o un sílex tallado, hallado en una turbera nórdica, en una terraza fluvial o en una pobre sepultura donde quedó depositado hace miles de años, sépanlo de una vez todos esos colegas que andan confundiendo las cosas, se ha logrado a fuerza de análisis tipológicos, a base de los métodos prehistóricos y no con elucubraciones [7]. Quien no sepa esto y admire este saber lleno de grandeza y de servidumbre a su limitación, no será útil a la

[7] Con más frecuencia y petulancia de la que toda discreción aconseja hemos visto llamar a la Prehistoria «Pucherología», «Cacharrología», etc. Las conclusiones ciertas que el análisis de estos restos representan son menospreciadas por algunos colegas para dar paso a vacías frases, cuyo contenido jamás se liega a comprender, porque ni sus autores tienen el tiempo de explicarlas. A veces, a toda esta subjetiva literatura pseudocientífica se le ha dado acogida en libros, y hasta han sido elogiados éstos como si tuvieran algo de valor en nuestra ciencia. Todo ello es pura y lamentable ignorancia.

© Herederos de Martín Almagro Basch
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

ciencia prehistórica que sólo avanzó y avanzará paso a paso por los caminos que a la investigación han trazado las experiencias de tantos agudos observadores que supieron construir la actual Prehistoria, dejándose de disparatadas reconstrucciones subjetivas. La juventud estudiosa universitaria debe admirar esta servidumbre al método y al rigor científico que no oculta las fallas de su saber y debe huir de esos oropeles que alcanzan algunos, lanzado al arroyo de los ignorantes, algunas divertidas frases y despectivos calificativos para los que elaboramos seriamente con los únicos documentos posibles de que se puede disponer para cimentar nuestra ardua empresa de reconstruir el pasado del hombre. Nuestra ambición será procurar interpretarlos cada vez mejor y aumentarlos cuanto nos sea posible. Estos ensayistas, a los que gustan las novedades y posturas grandilocuentes que nunca valen nada y que por su infecundidad jaranas llevan a resultado científico alguno, deben merecer nuestro desprecio.

c) La conservación y crítica de los materiales arqueológicos.

En nuestra exposición de las fuentes arqueológicas de la Prehistoria creemos deber informar al lector sobre cuanto se refiere a la conservación de estos restos materiales de la cultura que tanto sirven y tanto deben interesar al prehistoriador, como documentos casi únicos y siempre esenciales para iluminar la vida pasada del hombre más alejada en el tiempo.

Desde el momento de su aparición, los documentos arqueológicos exigen también que se piense en su futura conservación.

Lo primero es enriquecerlos con los datos referentes a las circunstancias en que han sido hallados. Sobre todo, debe quedar clara su situación estratigráfica y se debe procurar no separarlos en lo posible de otros objetos que con ellos hayan aparecido y que ayuden a documentarlos. Una vez bien situado el objeto en su procedencia y ambiente arqueológico, se debe proceder a su restauración, pues generalmente aparecen éstos deteriorados y fragmentados.

El problema de restaurarlos se plantea ya dentro de la Museística, pues ya no es propiamente conservar el monumento arqueológico como fuente histórica, sino más bien lograr que se goce lo mejor posible por los que se interesen por él a la vez que se cuida de su conservación permanente. Dentro del Museo, además de su valor científico, todo resto arqueológico debe ser considerado como elemento educativo en el ámbito de esa peculiar institución que es un Museo.

Muy importante para la ciencia prehistórica es todo cuanto se refiere a la documentación de los objetos que llegan a un museo. Este, como institución cultural, debe sentirse archivo y no simple almacén o exposición más o menos lujosa, donde se conservan los raros y únicos documentos que nos permiten reconstruir un pasado que depende esencialmente de tales materiales arqueológicos.

El prehistoriador debe acercarse con interés a esta rama del saber arqueológico que es la Museística, pues sacará de ello extenso provecho. A su vez, debe procurar en todo momento que el Museo se convierta en ameno archivo del remoto pasado de la humanidad y no en simple panteón de los objetos que ya no son útiles y sólo por su curiosidad o valor deben allí conservarse.

También dentro de los conocimientos de la Museística corresponde tratar de la crítica de los monumentos arqueológicos con los cuales puede tropezar el prehistoriador y el arqueólogo en general. Si no están bien documentados en el Museo, deberá saberlos analizar, unas veces para evitar y otras incluso para descubrir esos fraudes que tan frecuentes y famosos se hacen a veces en el campo de la Prehistoria, como los Glossel [8] o los del *Eoantropus Dawsoni* [9].

---

[8] Sobre las más célebres falsificaciones de la Prehistoria puede leerse con provecho la obra de A. Vayson de Pradenne, *Les Fraudes en Archéologie et Préhistoire*. París, 1932. Sobre todo su capítulo último, págs, 643 a 673. Concretamente, las falsificaciones de Glossel han producido una bastante larga literatura. Léa-

© Herederos de Martín Almagro Basch
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

En relación con cuanto ya hemos indicado al tratar de los materiales arqueológicos, una posición de crítica la consideramos básica al emitir juicios de cuanto se ofrezca como nuevo y extraño entre los restos materiales de pasada culturas, tanto si es procedente de Museos, como de colecciones o hallazgos incontrolados.

Esta actitud científica tiende, ciertamente, a menospreciar aquellos monumentos arqueológicos por valiosos y raros que sean si éstos no proceden de metódicas excavaciones. Aunque tales objetos, por su rareza y valor sean apreciados en los Museos con exceso, pues en general estas instituciones están orientadas por otras preocupaciones. Pero para la valoración científica de los mismos es imprescindible conocer bien su procedencia y las manipulaciones a que se han sometido tales objetos desde el momento del hallazgo hasta su conservación o exposición en el Museo. Finalmente, de los problemas que la conservación de los materiales arqueológicos plantea debe ocuparse el prehistoriador, pues a veces ya se plantean en el momento mismo de la excavación. Aunque sean técnicas y conocimientos propios de la Museística, como afectan el documento arqueológico, deberán preocupar grandemente al que manipula con tales objetos y los hace motivo esencial de un trabajo de investigación.

d) La publicación de los hallazgos arqueológicos.

Por todo lo ya dicho, es fácil comprender cómo la interpretación crítica y análisis de los documentos históricos plantea menos y más fáciles problemas que los mudos y lejanos restos arqueológicos que como fuente principal ha de utilizar el investigador de la Prehistoria. Pero es, sobre todo, la publicación de tales documentos lo que más separa técnicamente la tarea del arqueólogo de la del simple historiador.

Ante un monumento arqueológico se puede llegar a poseer una recta valoración histórica, pero nada valdrá si tal valoración no va acompañada por la publicación adecuada de tal monumento. No es igual publicar una obra de arte con buenas y oportunas fotografías, que un trozo de cerámica, en el cual la fotografía sólo nos dará una idea, y de poco valor, de su superficie exterior. El perfil del vaso, tal vez lo más importante, exige un dibujo apropiado en sección. Lo mismo ocurrirá al publicar las ruinas arquitectónicas de un monumento, en el cual la planta y secciones deberán estar en relación con la descripción o interés de tales vestigios arquitectónicos. Una espada igualmente exige una publicación con secciones de su hoja o de su empuñadura, etc. En una palabra, la última tarea que plantean al historiador las fuentes arqueológicas es la de darlas a conocer al lector interesado.

Hay para la publicación de los materiales arqueológicos algunas normas generalizadas por el uso o por acuerdos internacionales; pero como las reglas no pueden abarcar todos los casos, lo básico, lo esencial, es que cuando se publica un material se piense en el lector. Dibujos, fotografías, diseños, todo ello será tanto más útil y científico en cuanto ayude a comprender y valorar el documento que se publica, al lector que se interese por él, leyendo su descripción.

Después de descrito, fotografiado o dibujado un documenta arqueológico, es conveniente conocer las técnicas esenciales para su impresión. Es preciso saber encajarlo a un tamaño conveniente en las páginas del libro, monografía o artículo; deberemos temer en cuenta la posibilidad y conveniencia de usar un papel apropiado. Hacer los fotograbados con la trama correspondiente, etcétera. Tales conocimientos son necesarios a cualquier in-

---

se, sobre todo, a A. Vayson de Pradenne: *L'affaire de Glossel. Historique de l'affaire*. París, 1928. René Dussand: *Glossel à l'Institut*. París, 1929. De esta ruidosa falsificación se ocuparon varios autores, como Mortel, Loth, Bayet y otros.

[9] Sobre la falsificación de este célebre supuesto fósil humano no se ha publicado aún una comunicación oficial completa, pero sí se ha descubierto totalmente el fraude. Véase Martín Almagro en revista *Arbor*, vol. .... Madrid, 19...

© Herederos de Martín Almagro Basch
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

vestigador científico, pero para publicar investigaciones arqueológicas el acoplamiento de los dibujos y fotografías adecuadas a su publicación en las páginas del libro o monografía que se edite, es esencial y tan complejo como suelen ser inadecuados tales elementos gráficos cuando personas poco expertas dejan en manos de los impresores más o menos hábiles tan importante tarea, en la cual se ve siempre la mano del verdadero especialista que sabe aprovechar los medios de que dispone para faceta tan trascendental en su trabajo. El verdadero arqueólogo se distingue fácilmente enseguida al elaborar y publicar sus investigaciones del simple aficionado o del arqueólogo no atento a tan importante faceta de su formación.

Sabemos por experiencia cómo la publicación de las investigaciones realizadas es para el prehistoriador la más penosa, y no fácil, de las obligaciones. El editar bien un hallazgo exige una serie de? tareas y conocimientos previos: fotografiar, dibujar, a veces reconstruir, señalando lo auténtico de lo supuesto. Luego, analizar y describir bien; finalmente, encajar en un libro, monografía o artículo, lo que se ha escrito, con las convenientes ilustraciones, todo ello de manera didáctica y, a la vez, si ello es posible, estética. Anotar todos estos elementos es deber al que procurará servir todo investigador de la Prehistoria que quiera llevar a buen fin su labor.

Además, es conveniente aconsejar que las fuentes arqueológicas deben publicarse pronto, pues los datos guardados por avaricia o por negligencia por un prehistoriador no sólo son algo que no existe para la ciencia, sino que pueden ser causa, al ser desconocidos de otros colegas, de que muchos detalles o restos semejantes se pierdan en otros yacimientos donde su observación no sea tan clara y precisa, pues siempre unos hallazgos dan luz y precisión a los otros.

Para poder editar bien monografías, artículos o libros sobre la Prehistoria, se requiere, ciertamente, el conocimiento de diversas técnicas, cuya aplicación sólo se logra bajo la guía de un maestro paciente y eficaz. Este nos enseñará desde corregir las pruebas que llegan de la imprenta, hasta encajar los grabados de los dibujos y fotografías que ya se habrán debido de realizar pensando en su futura publicación. Sobre todo y en cada momento se deberá tener presente al futuro lector de la tarea científica que se realiza, y que sólo con tal monografía o artículo quedará perpetuada.

¡Cuántos trabajos e investigaciones no ven la luz y se pierden por no saber vencer sus realizadores este escollo de la publicación debida! También muchos trabajos se les ve mal publicados por falta en sus autores de los conocimientos previos que hacen a veces casi inservible la buena intención y el mucho trabajo realizado. Y todo ello debido a no conocer las exigencias de esta parte de su preparación, a la cual debe atender con gran interés cualquier investigador de las fuentes arqueológicas [10].

IV.— LOS TEXTOS HISTÓRICO-LITERARIOS COMO FUENTE DE LA PREHISTORIA.

Aún podemos agrupar otros conjuntos de datos como fuente de la Prehistoria procedentes de textos escritos ya históricos, pero que, a la vez, con frecuencia son parte de las fuentes con las que debe contar el prehistoriador. Se dividen en dos grupos. Uno se refiere a los textos escritos dentro de culturas prehistóricas que aún no han podido ser descifrados, corno las inscripciones ibéricas. Alguna palabra suelta, algún topónimo que sólo llegue a interpretarse, puede reforzar los datos de la Filología y abrir puntos de vista de sorprendente interés. Lo misino ocurre con el etrusco o con los textos cretenses, que sólo en parte, recientemente comenzaron a leerse, y que tan nuevos y luminosos resultados históricos aportaron. Más valiosos son tales textos cuando sus noticias histórico-culturales llegan a ser

[10] Una buena orientación teórica logrará el principiante para abordar este tema en los capítulos correspondientes que se han redactado con este fin en las obras de Atkimson, Kenyon y Pescheck, citados en la nota 5 de la pág. 812.

© Herederos de Martín Almagro Basch
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

totalmente leídas. Pero entonces tales culturas pasan a formar parte de la Historia escrita propiamente dicha y no son tratadas dentro del campo de la Prehistoria. Así ocurrió con el Egipto, con Caldea, con los asirios y con los hititas, aunque siempre, para el mejor conocimiento de cualquier cultura lejana, la ayuda de la investigación arqueológica es grandísima y en gran parte tal tarea cae dentro de la labor de los arqueólogos que han de trabajar en realidad con métodos y conceptos equivalentes a los que se emplean en la Prehistoria.

Otro grupo de fuentes histórico-culturales proporcionan al prehistoriador ciertos textos escritos dentro de culturas históricas pero que se refirieron y trataron de pueblos prehistóricos que luego se extinguieron dejándonos los restos materiales de su cultura prehistórica. Tales restos, aunque sean pura Prehistoria, pueden, con esas noticias y referencias, iluminarse y comprenderse con evidencia singular. Así, cuando los escritores griegos o latinos nos comienzan a dar noticias de la Hispania Antigua dejándonos ya los nombres y algunas costumbres de los íberos, se convierten en fuente primordial del prehistoriador. Lo mismo ocurre con nuestros historiadores de Indias cuando hablan o describen los pueblos americanos precolombinos y sus diversas culturas prehispánicas; se convierten en fuente de fecundísimo e inestimable valor para el prehistoriador americano. Sin embargo, bueno será que valoremos críticamente el alcance de tales escritos y no incurramos en exagerar su importancia. En general, nunca el prehistoriador debe menospreciar, por la existencia de tales fuentes escritas, las verdaderas fuentes de la Prehistoria, ya descritas y agrupadas en las páginas anteriores. En cada caso, por muy variadas referencias que nos lleguen de un pueblo prehistórico, serán para el que reconstruye su pasado sólo una ayuda. La mayor y más segura cantidad de datos los logrará el prehistoriador auténtico de aquellas investigaciones que realice en las fuentes ya analizadas.

Más, si por un lado debemos frenar el valor que a veces se concede a estas fuentes escritas inicialmente sobre pueblos prehistóricos, aún debemos añadir que nos fueron dejadas por escritores, historiadores, geógrafos o simples literatos, cuyo alcance científico fue siempre corto. No debemos olvidar que la aventura de adentrarse en la construcción de la Historia remota del hombre comenzó hace pocos años y es obra sólo del siglo XIX. Así, al lado de datos y observaciones ciertas, tales textos contienen errores de los que todo espíritu crítico y científico debe apartarse. Sólo así lograremos superar y huir de la serie cíe hipótesis y de disparates que a veces se han escrito interpretando tales elementos escritos. Nada más cuando la Arqueología o las otras fuentes de la Prehistoria coincidan con los textos escritos y los confirmen, tendrán un auténtico valor histórico. En los demás casos deberán valorarse con la debida reserva, pues de lo contrario sólo pueden servir para fomentar hipótesis personales que nada más pueden interesar y ser cultivadas por espíritus poco científicos. Además aún añadiremos que en la mayoría de los casos tales textos escritos suelen ser y recoger las más falaces concepciones históricas y literarias: las leyendas. Reaccionar contra tales fuentes y su engañoso valor debe ser tarea a la que estará atento siempre el prehistoriador auténtico. En el campo de la Prehistoria es sumamente peligroso inclinarse a admitir valor excesivo a tales fuentes y tarea inútil buscarles a priori con ideas preconcebidas pruebas y explicación [11]. El prehistoriador jamás menospreciará sus fuentes esenciales, ya descritas anteriormente. A ellas y a la investigación de las mismas dedicará en esencia su actividad y su talento si quiere lograr obra eficaz y permanentemente positiva.

Reunidos, ante el investigador de la Prehistoria, datos tan diferentes y de tan dispersa procedencia como los que proporcionan estos cuatro grupos de fuentes, no hemos de insistir

[11] Recomendamos al lector, para confirmarle en lo que decimos concretamente, que lea lo que hemos escrito sobre la obra *Ora Marítima*, de Rufo Festo Avieno, que es la más antigua fuente escrita, algo extensa, sobre España, en Martín Almagro: *Las fuentes escritas referentes a Ampurias*. Barcelona, 1951, págs. 9 a 23, y también lo que escribimos en M. Almagro: *Ligures en España*, en *Rev. de Studi Liguri*. Bordighera, 1949 y 1950.

© Herederos de Martín Almagro Basch
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

en la tarea ardua y de gran complejidad que le planteará su debido uso. Como ya hemos indicado, sólo sujetando su trabajo a los métodos científicos que fueron logrados a lo largo de muchas investigaciones y experiencias, alcanzará el prehistoriador éxito y veracidad científica. Si en cualquier ciencia el método es imprescindible, más lo es aún en la tarea de ahondar en esa arriesgada labor de exponer y coordinar tan diversos saberes como los que afluyen para el más remoto pasado del hombre.

Intentar introducir al estudioso de la Prehistoria en la compleja e imprescindible metodología prehistórica, será la tarea que abordaremos en las páginas que siguen.

© Herederos de Martín Almagro Basch
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia